

nathán de las caricaturas. Expuso un amplio sistema de colonización que consistía en traer veinticinco mil familias americanas, de los separatistas, con sus esclavos, bestias y aperos de labranza, para que se establecieran en el territorio que mediaba entre los Estados Unidos y México.

— ¡Pero si me informa Eloin que no tenemos en el Norte una pulgada de terreno que dar, observó Maximiliano!

— En tal caso, Sire, dijo el otro sin hacer caso del ceremonial, podemos ir á Veracruz, á Nuevo León, á cualquier otro Estado que nos designéis.

— Ved á Eloin...

— Sire, ver á Mr. Eloin es lo mismo que abandonar ó resolver en contra lo que pretendemos: nos quiere mal y desearía que vuestra gracia no llegara á asistirnos nunca...

— Ved á Eloin... Le juzgáis mal... Mal juzgáis al pobre... Eloin.

— Sire...

— Dios os guarde, general...

Dos veces llamó Maximiliano y hasta la segunda apareció en la puerta un viejecillo á quien no pude reconocer porque ya era tarde, y á quien después de haber visto á la luz de los candelabros con velas de esperma que introdujeron los lacayos, me asombró por su aspecto y por su traje. Era el padre Robles vestido de limpio, guapo, bien

criado y sin la cargazón de espaldas que tan triste aspecto le daba.

— Señor de Robles, dijo Maximiliano con bondad, servíos sentaros; ya os aguardaba porque nuestro amigo el padre Gómez me había hablado de vos y de vuestros méritos... Ya tendréis noticias de que mi placer mayor es atender á las gentes que poseen algún saber ó que necesitan de mi auxilio... Servíos exponerme vuestras teorías. Sé que, tanto acerca de cosmografía, como de economía social y de historia mexicana, habéis hecho grandes descubrimientos. Decidme lo principal, que tengo suma curiosidad de oiros.

— Temería quitaros el tiempo, Sire.

— No tengáis semejante idea. No se pierde, sino que se gana el tiempo cuando se invierte en oír á los sabios.

— Sire...

— Podéis empezar.

— Mi sistema astronómico estriba en la invalidación, diría mejor, en la derogación del sistema de Copérnico y en la rehabilitación del de Tolomeo.

Abrió tamaños ojos Maximiliano y dijo con asombro:

— Bien está; debéis de apoyaros en cálculos irrefutables; pero yo quisiera conocer alguna razón toral que sirviera de fundamento filosófico á vuestra doctrina.

— Ese fundamento consiste precisamente en la ignorancia en que nos encontramos acerca de la realidad del sistema del mundo...

— El mentir de las estrellas...

— Así es que lo único que podemos asegurar es que estamos en la tierra y que desde ella observamos cuanto acontece: la tierra es, pues, nuestro centro de observación, y como si de ella tiramos líneas para arriba, para abajo y para cualquiera de los lados, la tierra viene á ser el centro de esas líneas, deduzco rectamente que la tierra es el centro del universo.

Rió Maximiliano de muy buena gana y prontamente replicó:

— Pero, Padre, os hago observar que lo que prueba demasiado, nada prueba... Si tiramos líneas de la punta de mi nariz para arriba, para abajo y para cualquiera de los lados, la punta de mi nariz vendrá á ser el centro del universo.

Amoscóse el curita y quiso replicar; Maximiliano comprendió que había ido en la chunga más allá de lo justo, y queriendo compensarle al inventor el mal trato, le dijo bondadoso:

— Más me han hablado, padre Robles, de vuestro sistema de arqueología... Decidme algo, que quiero oiros con atención.

— Mi sistema, dijo el Padre, radica sólo en una cosa,

el conocimiento de la clave de que se sirvieron los mexicanos para sus jeroglíficos.

— ¿Y conocéis esa clave?

— La conozco tan bien, Majestad, que puedo leerlos en el jeroglífico más intrincado como si fuera el libro puesto en el más puro y correcto español.

— ¡Es maravilloso!...

— Es providencial: sólo por el favor de Dios he llegado á comprender esos que parecían arcanos cerrados á la comprensión humana y que habían permanecido inescrutables para sabios que valían muchísimo más que lo que yo, pobre ignorante, valgo y puedo saber jamás.

— ¿Y cuál es la base de vuestra clave?

— La base es múltiple, ó más bien dicho, las bases son varias, Majestad, exclamó Robles abriendo los ojos de par en par y meneando la cabeza con ademán de epiléptico. Estriba la clave en los números, en los alfabetos, en los veinte signos del mes jeroglífico, en la respectiva filología de los idiomas y aun en los doce signos del zodíaco.

— Exponedme algo, que ardo en deseos de conocer el resultado de vuestros estudios.

— Son el punto de partida en el calendario de piedra azteca los cuatro puntos cardinales: este, norte, ocaso y sur... Al contemplar Adán el sol por primera vez exclamó: *¡est! allí está Dios...* El símbolo de la divinidad en el astro rey era oportuno, ya que el sol fecunda y vivifica;

pero no es eso sólo, sino que aquí entran los números aplicados al alfabeto en aquella palabra. Porque de la S inicial á la L final hay diez y nueve letras, y el 19 es Quiahuitl, Minerva, la Sabiduría creadora... Cogió luego un papel y escribió:

S. t. u. v. x. y. z. a. b. c. d. e. f. g. h. i. j. k. l.
1. 2. 3. 4. 5. 6. 7. 8. 9. 10. 11. 12. 13. 14. 15. 16. 17. 18. 19.

Si luego hacemos el análisis de letra á letra, tendremos que de la S á la O corren veinticuatro signos, y en consecuencia, el día natural de veinticuatro horas alumbrando uno y otro hemisferio; y como la O, que es la letra 17 y significa *Ollin movimiento*, el sol, la luna y las estrellas entran á alumbrar la tierra, la cosa se explica perfectamente.

Maximiliano estaba asombrado; el hombre de ciencia cedía su lugar al soñador, y él, que no había visto en los jeroglíficos mexicanos más que muñecos estrambóticos cifra de un culto abominable, empezó á mirarles como la revelación de muchísimas ciencias tan ignotas como nuevas.

— Continúad, Padre, continuad.

Robles, ya sereno y tranquilo, siguió así:

— La virtud de los números es inenarrable: todo lo sujetó Dios á número, peso y medida; y la importancia de los monumentos que nos han dejado los siglos como una inmensa interrogación, es tan enorme, que Isaías excla-

mó sentenciosamente *Attende ad petram unde excisistis...* El número inicial, uno, se dice en el idioma de los aborígenes *Cipactli*, que en nuestra lengua castellana vale tanto como el que mora en las alturas... El número tres es el del amor, y por eso simboliza á Eva ó sea *Técpatl*... El cuatro significa la contradicción: entre la razón y la fe, entre el amor y la sabiduría, entre Dios y el diablo, entre Ormuzd y Ahrimanes... Al cuarto día de la creación apareció el sol; al cuarto año del pecado de Adán fué engendrado Caín, que está diciendo con su nombre clara y concretamente: *Caín los pecadores en la cólera de Dios...*

Así siguió Robles ensartando tal cantidad de desatinos acerca de los otros números, sacando para demostrar sus necedades textos de las historias sagrada, profana, azteca y cochinchina, que el Emperador acabó por marearse:

— Quizás haya en la explanación de vuestra tesis algo de exagerado ó de preconcebido, pero el fondo debe de ser rigurosamente verdadero... Ved á Ramírez... No, no le veáis; es arqueólogo y quizás por rivalidades de oficio vaya á encontrar defectuoso ese trabajo que debe de haber costado algunos años de estudio.

— Quince, Sire.

— Pues bien, ved á Kuhahewich y presentadle este papel... ¿Cómo se llama vuestro libro?

— «Clave universal, certera interpretación y ciencia revelada. Los jeroglíficos mexicanos mostrados á la luz del

mundo y estudiados con arte y ciencia por Rafael de Robles, antiguo sacerdote de la observancia de N. P. S. Francisco, quien la dedica á S. M. Maximiliano I, Emperador de México.»

— Bueno, bueno; con *Clave universal* basta... ¿Cuánto necesitáis para la edición?...

— Sire, me bastan con mil pesos.

— Id con Kuhahewich y presentadle este papel: es una orden para que os suministre ese dinero.

Se levantó el Padre y dió las gracias á Maximiliano.

— No vale la pena; no merece las gracias; yo soy quien debo dáros las por la honra que me hacéis dedicándome vuestro libro, y por la honra que reflejáis sobre México con vuestros meritísimos estudios... Adiós, Padre.

Salió Robles y entró en seguida un sujeto que por lo derrotado y miserable fluctuaba entre *convidador* de garito y pordiosero de los que asaltan á los transeuntes á las doce de la noche. Iba á proponerle á S. M. la busca de los tesoros de Cuauhtemoc y *Motecouzoma*, que estaban guardados en la laguna de Texcoco, en la de Zumpango ó en no sé cuál de ellas. También tenía noticias exactas acerca de dónde estaban los dineros de los monjes y frailes recién expulsados de los conventos é iba á solicitar el apoyo oficial para emprender las obras consiguientes. Maximiliano pidió datos, oyó opiniones, miró planos en pergamino y

documentos escritos en papeles ratonados y aplazó al de las *relaciones* para dentro de ocho días.

Al retirarse el sujeto mugroso y mal trajeado, escuché todavía:



— ¿Y habéis hecho el cálculo acerca de cuántos millones importe lo oculto?

— Sire, solamente el sol de oro...

Un buen rato siguieron hablando en voz baja, y al fin

el Emperador despidió al arbitrista, no sin ponerle en la mano algo que sonó como dinero en oro.

Desfilaron después uno que proponía el establecimiento de seis fábricas de hilados; otro que quería se le encomendara la dirección de las obras que iba á emprender S. M. en los sitios reales; una vieja que se quejaba de atropellos por parte de la guarnición francesa de Tlalpujahua, y cinco ó seis señoras viudas ó huérfanas de militares que pedían socorro para poder subsistir. A todos les despidió Maximiliano con buenas palabras, aplazando á uno, satisfaciendo á otro, dando dinero á ésta y prometiéndolo á aquélla. Se entretuvo largamente con un inventor que aseguraba tener sendos secretos para que los caballos desbocados se pararan en mitad de la carrera; para que no reventaran los tubos de cristal de las lámparas y para preparar charol, cuero de Córdoba y telas incombustibles. También había descubierto un tintero inagotable, un papel más resistente que el pergamino, un cañón automático, un aparato para producir el movimiento continuo y otras muchas cosas.

Maximiliano le oyó con bondad, y al preguntarle por qué no explotaba ninguna de aquellas maravillas, que juntas ó aisladamente le producirían muchos millones, el triste inventor empezó á gemir su desventura: aquí no había protección para la gente industriosa: el pícaro medraba y se enriquecía, pero el hombre serio y estudioso, que